



Carmen Santillana, 83 años
Marta Mediano, 21 años.

La valentía en boca de mujer

Carmen Santillana es una de esas mujeres que tienen luz. De eso me di cuenta nada más entrar en la habitación. Quizá sean sus ojos de ratoncito travieso, quizá su sonrisa pícaro que siempre le acompaña. El caso es que me hizo sentir como en casa nada más cruzar el umbral de su cuarto. Mucho o poco podría decirse de esta cordobesa de 83 años. Mucho porque no han sido pocos los caminos que sus pequeños pies surcaron. Poco porque su humildad no presta interés al protagonismo, ni valora los hechos heroicos que han marcado su vida.

Nació en Baena un frío 3 de febrero de 1923. Su existencia y la de su familia pronto se vieron condenadas por el hambre y la necesidad. Como a tantos otros niños de la época, a ella también se le privó del regalo de aprender, de ir a la escuela: "éramos muy pobres, teníamos que ganarnos la vida trabajando", recuerda. Cada día, como si no hubiera diferencias entre un lunes o un viernes, un jueves o un domingo, observaba a sus vecinos marchar al campo, con un cacho pan y una tartera bajo el brazo, a coger aceitunas, garbanzos, de sol a sol, hasta caer rendidos.

Hija de un fogonero, no tuvo la fortuna de nacer del lado de los vencedores. Constreñida por el deber de ser mujer y de ser la mayor de 4 hermanos, su futuro quedaba atado pues, a las obligaciones impuestas por su madre, "una señora muy limpia", admite, pero también excesivamente exigente. No toleraba desacierto alguno a su hija, obligándole a repetir sus tareas una y otra vez, hasta que éstas quedaban impolutas, si no, no comía. Sin embargo, su padre era un haz de bondad infinita, un hombre no sólo bueno, también cariñoso, que siempre le mostró su afecto.

Una mañana, cansada del yugo que apretaba su estómago, sabiéndose con la infancia ya robada, se escapó a Córdoba. No tenía dinero, así que cogió la cartilla del tabaco de su padre y la vendió. Le dieron 6 pesetas, y con eso pagó el autobús. Gracias a la tutela de su tía consiguió colocarse en una casa, primero sirviendo, luego de cocinera.

Trabajó para el director del Banco Central, y fue allí, en la mágica ciudad musulmana donde conoció al joven tratante de ganado que le robó el corazón. Fue con Manuel, su gran amor, con quien tuvo dos hijos, pero no llegaron a casarse porque él murió, tenía cáncer. Ser madre soltera nunca le dio miedo. No le importó lo que la gente pensara, lo que de ella pudiera decirse en el pueblo. Estaba muy lejos, en su piso de las Margaritas, en Córdoba. Sus padres tampoco objetaron nada. "A mi nadie tenía que llamarme la atención, yo sabía lo que hacía", sentencia.

Fueron seis primaveras de felicidad salpicados violentamente por la pérdida de "su amigo" y la repentina trombosis que asaltó a su madre. Entonces no lo dudó. Carmen abandonó su trabajo y junto a sus hijos regresa a Baena. "volví porque mi madre cayó enferma y no tenía quién le atendiera. Murió después de estar 8 años en una cama", relata.

La vida parecía gastarle una broma pesada. Tras tantos años, tras todo lo vivido y arriesgado estaba de nuevo en el punto inicial, aquel que le vio marchar una vez joven y hermosa. El dinero no era suficiente. En el pueblo no podía más que asistir, lavar o llevar alguna casa. Decide marcharse y comienza a trabajar para unos señores



de Baena que viven en Madrid, en la calle Castellón, muy cerca del Retiro. Echa mucho de menos a sus hijos, los primeros días no puede parar de llorar, pero tiene que criarlos, educarlos, darles una carrera.

Fue en Madrid donde aprendió a cocinar. Se llevaba muy bien con todas sus compañeras, el "cuerpo-casa", las costureras, pero había una mujer, la cocinera, "que, ¡vaya, cómo guisaba! Yo me ponía mi delantal, mi uniforme, y la miraba cómo cocinaba, Me decía: -"No te arrimes que te vas a ensuciar ¡y te van a decir algo!"- Yo contestaba: "- Usted deje, que quiero aprender a cocinar como lo hace"-.

Los jueves salía de paseo con su hermana o cuidaba a señora por las tardes y así ganaba 10 duros. Además, todos los meses tenía permiso para ir al pueblo, cargada de ilusiones, regalos para sus hijos.

Lo más divertido de aquella época fueron los veranos. Ella y sus compañeras se nombraron "descubridoras predilectas" de la Costa del Sol, e hicieron honor al título. El agobiante calor madrileño era entonces sustituido por las reparadoras brisas del chalé malagueño de los señores. Salían al jardín y tomaban Coca-Cola. "Ellas se ponían eso que parece meao', ¡güisqui! A mi no me gustaba, pero ¡se pegaban unas trinques! Y me decían: -"Carmen, bebe, bebe...".

Después trabajó en Velázquez, también en Madrid, en casa de un Capitán General del ejército. Tenía tres chiquillos que la querían con locura. Un verano fue con ellos a Canarias y al Sáhara. Por primera vez monta en avión y "en vez de ir pa'lante me iba pa'tras, ¡como en las escaleras del Corte inglés!". Sólo se encargaba de los hijos del Teniente, nada de cocinar. Tenían un cocinero moro y los legionarios servían. Se divirtió mucho entre la arena, las dunas, los camellos. Incluso vio desfilar tropas de Franco, iba al cine, todas unas vacaciones bien merecidas.

A los 60 se jubiló porque ya se había ganado las habichuelas, y desde hace dos su hogar es la Residencia Adavir de Villaverde.

"He trabajado mucho para llegar hasta aquí. Mi vida ha sido un desastre, pero he disfrutado un montón. Ahora estoy tranquila. Todo lo que tengo me lo he ganado yo." Y es que Carmen es todo un ejemplo de superación, de valentía y sencillez. Una mujer adelantada a su tiempo, un ser humano de incalculables detalles, pues todo lo que tiene de menudita lo tiene de gran persona.

Lo importante de la vida

Todo lo que no ha podido disfrutar lo está disfrutando ahora. Está contenta, sonríe tranquila y sin tapujos, y es que Carmen Santillana confiesa que ahora tiene mejor carácter, mejores amigas, porque los días de sacrificio y mucho madrugar, ¡se han acabado! En la Residencia Adavir dice estar muy bien atendida, y es que ella se presta: "soy una mujer que por tos' laos' ¡voy dando la nota!" Lo mejor de este tiempo, haber vuelto a reconocerse, a tener tiempo para ella. Cuando inauguraron la Residencia fue la elegida para entregar un ramo de flores a Esperanza Aguirre, Presidenta de la Comunidad de Madrid, y quedó fascinada, no la política, sino la propia Carmen, ¡de lo bien que se había explicado! Y es que ella pensaba que no le iba a decir "na'". Y luego protagonista única de todos los flashes, ¡que le encantan!



La quieren ahora en Villaverde, la han querido en todas las casas donde ha trabajado como cocinera, la quieren sus hijos, sus nietos, toda su familia, ¿cuál es el secreto de su éxito? "Mucho trabajo, portarse bien con la gente y no hacer daño a nadie. ¿Qué te parece?", me dice muy risueña. Y es esta una pregunta retórica, porque sólo viendo el rostro de Carmen ya se responde.

Lo más importante en esta vida para ella han sido siempre sus hijos, una bendición de dios. Dice que sólo por ellos su vida no le pesa, que ha merecido y merece la pena. "Mi hijo Paco me trae muchas cosas, vamos, que no me deja. Es maravilloso, y también mi nuera, si no fuera por él no estaría aquí. Siempre ha sido un chico muy trabajador que se sacó buenas becas y ahora es empresario. Le quiero mucho, y él a mí".

- "¿Y por hay qué vivir, Carmen?"-, pregunto. - "¡Por vivir!"- me contesta, como si la mía fuera la más tonta de las preguntas, como si no cupiera duda de que sólo la vida por sí misma ¡ya vale la pena! Y es que esta mujer no habrá pisado la escuela, pero atesora más conocimientos que todos mis tomos de la enciclopedia Salvat juntos.

Me cuenta que ha aprendido que en esta vida no es todo diversión, y hay que saber mirar para delante siempre, y pensar en el futuro, en dónde podremos estar. Por eso ella dice que siempre se pagaba el seguro (cotizaba) porque no sabía dónde iba a ir cuando fuera mayor.

Y anda, tan feliz, en su flagrante habitación, con todo de estreno y un maravilloso baño que es la envidia de todos y todas las que le visitamos. Porque como ella bien dice: "¿dónde voy a estar mejor que aquí?"